

## Presentación de *Con piel de lobo*<sup>1</sup>

(Nada de “El hombre de los lobos se levantó del diván más cansado que de costumbre”<sup>2</sup>)

El 10 de noviembre del año pasado fui, como muchos de ustedes, a las jornadas tituladas *Con piel de lobo. Las vidas de Sergei Pankejeff* en la que los integrantes del grupo constituido como La Factoría presentaron sus trabajos, resultado de una intensa labor a lo largo de más de dos años de investigación, discusión y producción, en público.

Además de escuchar los trabajos presentados participé, como otros, en una de las actividades propuestas por Mayra Nebril ese mismo día, luego de su exposición. Mayra repartió entre los presentes una fotocopia que contenía veinte versiones veinte del sueño del nogal. La consigna, inspirada en *Ejercicios de estilo*, de Quenneau, *El aleph engordado*, de Katchadjian y “Pierre Menard, autor del Quijote”, de Borges, proponía precisamente reescribir el sueño del nogal, engordar la primera versión de este sueño que diera el Hombre de los Lobos y enviarla por mail a la autora. Acepté la invitación como un juego. La idea de juego me resultó, como suele decirse, una idea feliz. Que en una actividad de Psicoanálisis, llevada adelante por psicoanalistas, se propusiera a los presentes, en su mayoría analistas, leer, escribir, inventar, jugar, me pareció un hecho, además de inédito, conmovedor. Un tiempo después José Assandri me propuso leer una primera versión de *Con piel de lobo*, como una suerte de lectora externa a la jauría. Acepté y en el mismo gesto de aceptar equivoqué el pedido, quizá por mi formación (o deformación profesional), y se me dio por corregirlo, lo que hizo, además, que pudiera leerlo varias veces. Cada vez con la sensación de un nuevo comienzo.

Giorgio Agamben, en *La aventura*,<sup>3</sup> dice que la aventura es algo misterioso o maravilloso, extraño a lo cotidiano. La aventura siempre implica un compromiso, una entrega, el gesto de dejarse tomar. Es un encuentro con el mundo pero también consigo mismo. Para que suceda, es indispensable el reconocimiento de algo propio para aquel que ha sido convocado (cada quién sabrá de qué se trata). Es así que la lectura de *Con piel de lobo* adquirió para mí un

---

<sup>1</sup> Montevideo: Escolios, 2019.

<sup>2</sup> La expresión entre comillas pertenece al texto “1914. ¿Uno solo o varios lobos?”, de G. Deleuze. En *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 2000.

<sup>3</sup> Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2015.

sesgo aventurero. Me aventuré en esa lectura, volví a leer el historial freudiano así como las derivaciones que produjo la lectura del mismo en mis compañeros y compañeras, me aventuré en sus ideas y en sus escrituras, algunas absolutamente inquietantes, perturbadoras, y también, por qué no, divertidas.

Las Sucesivas lecturas del libro confirmaron para mí que se trataba de una conversación (no sólo entre cada autor y el caso freudiano, la/las vida/s de Sergei Pankejeff, los autores que se ocuparon de ambos aspectos, sino entre los autores que escribieron el libro. A lo largo del libro los autores se citan, se aluden, se agradecen la mención de alguna referencia bibliográfica, reenvían sus textos a los del otro, y así nos participan acerca de un trabajo de pensamiento y de escritura que hizo posible el propio, teniendo como horizonte la ausencia de centro para la escritura de cada uno. Los textos que componen *Con piel de Lobo* se dirigen, con entusiasmo, con fruición, a otros, mientras enhebran un camino de trabajo común.

Podríamos decir que este libro está dedicado tal como en el poema que Baudelaire dedica “Al lector”, en *Las flores del mal*. “-Hipócrita lector, -mi semejante, -¡mi hermano!”. Múltiples lectores, ninguno ingenuo: entre ellos están los que fabrican libros negros de Psicoanálisis, los que se ocupan de lo que Freud escribió, los conservadores de esa escritura, de su interpretación, los que leen los casos de Freud como si fueran novelas. Y los lectores que son los autores de este libro.

Ellos mismos se preguntan: ¿Qué interés podría tener volver, cien años después, al que ha sido considerado el más famoso de los casos en el País de los casos de Freud? En la respuesta está contenida la apuesta de los autores, aun antes de escribir el libro. Se tratará de propiciar un encuentro, pero no uno que reproduzca el consabido encuentro entre Sergei Pankejeff y Freud, el que transformara al primero en un personaje eterno, sino un encuentro crítico que lejos de normalizar las lecturas las libere de una posición conservadora, embalsamadora, momificante.

En las páginas de *Con piel de lobo* leemos que la premisa decidida que guió la conformación del grupo y la producción de sus integrantes fue precisamente la de no alimentar al personaje polimorfo alrededor del cual se edificó el caso ni agregar nuevas vidas para llegar a la verdad verdadera de Sergei Pankejeff. Por el contrario, la aspiración más clara fue actualizar “eso” que continúa llamándose Hombre de los Lobos sin temor a las consecuencias de cuestionar

lo repetido hasta el hartazgo por los psicoanalistas. Leer para propiciar en el encuentro con la/s lectura/s cierta discontinuidad capaz de producir algo nuevo.<sup>4</sup> Se trata de “ensayar lecturas”, dice Assandri, en la línea en la que Adorno plantea el objeto del ensayo: el objeto del ensayo es lo nuevo como tal, lo que aparecerá como irreductible a una “repetición categorial”, a lo pensado. Lo nuevo en cuanto singularidad.

Para ensayar también es preciso no comprender, sostener la tensión entre la vida y el relato clínico, indagar qué pueden ambos sobre nosotros y nuestra capacidad de pensar, sin desconocer lo que hay de relato en la clínica (¿una clínica?) y en una vida. Se tratará de atender entonces, esto nos dicen los autores del libro, a las múltiples capas del texto de una vida, no con la apariencia de un fruto con hueso, para tomar un decir barthesiano, cuya pulpa sería la forma y el fruto sería el fondo sino más bien con la apariencia de una cebolla organizada a base de pieles (niveles, sistemas), cuyo volumen no comprende ningún corazón ni hueso ni clave ni secreto, ningún principio irreductible sino “la misma infinitud de sus envolturas”.

Entonces, múltiples capas del relato de una vida: el historial escrito por Freud, el análisis de Pankejeff con Ruth Mack Brunswick (una nueva versión del caso), la correspondencia con Gardiner, la escritura de las Memorias del Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos, las entrevistas con la periodista K. Obholzer. Más las reinterpretaciones de Lacan, Miller, Leclaire, Jaccard, Vegh, y otros. Postas de escritura de las que los autores del libro que presentamos se sirven para interpelarnos así como también para interrogar el caso como valor en sí mismo, cristalizado en dicho valor.

¿Hasta qué punto el Psa ha podido desprenderse de la búsqueda de los orígenes? ¿Qué alcances tiene la noción freudiana de neurosis infantil en la creación de las nociones de niño e infancia? ¿Qué mecanismos explicativos pone en juego Freud en este caso? ¿Qué influencias? ¿Qué operaciones de conservación, rescate, traición, se han llevado adelante en las sucesivas lecturas del caso? ¿Cómo pensar la noción de caso? ¿Qué aportan otras versiones del sueño de los lobos, acaso las más curiosas y extravagantes, como la de Abraham y Torok? ¿Qué relaciones

---

<sup>4</sup> En consonancia, aunque no sin disidencias, con lo que afirmara Freud en su historial del Hombre de los lobos: “Uno no publica tales análisis para producir convicción en quienes hasta el momento han tenido una conducta de rechazo e incredulidad. Lo único que se espera es aportar algo nuevo a los investigadores que por sus propias experiencias con enfermos ya se hayan procurado convencimientos” (Buenos Aires: Amorrortu, 2009, vol. XVII, p. 14).

se podrían plantear, siguiendo la idea de que el texto de Freud está escrito como una gran novela que acaso no termine de escribirse, entre el Psa y la literatura psicoanalítica? ¿Qué de todos esos intentos? ¿Cómo inscribir este mismo?

El ensayo, el analista en posición de ensayista (por lo tanto, escritor) reflexiona a cada instante sobre sí mismo, no sólo en relación al pensamiento establecido sino también en relación con la retórica y la comunicación de los materiales con los que se construye. Es así que poemas, microrrelatos, artículos, sueños, fotografías, resaltan esta práctica de lectura el valor de lo inacabable, incompletable. Diría Adorno que el ensayo, como práctica de lectura, puede renovarse, pero nunca darse por terminada ni repetirse de manera idéntica en dos momentos diferentes. Reino de lo posible, y a la vez transitorio, el ensayo es “la promesa que el pensamiento le hace al saber de un viaje hacia lo que todavía no está dicho”.<sup>5</sup>

En lo personal, agradezco a los autores la dicha de pensar más de lo que se encuentra pensado en lo dado, y volver este gesto, en la lectura, contagioso.

Montevideo, 28 de noviembre de 2019

---

<sup>5</sup> Adorno, Th. “El ensayo como forma” en *Notas sobre literatura*. Madrid: Akal, 2003.